

«UNA CRISIS QUE EMPUJA A UN CAMBIO»

BÁRBARA MORALES*
CARLOS SANTANA**

PRESENTACIÓN

A PRINCIPIOS DE OCTUBRE DE 1996, el equipo del proyecto «Jóvenes Pobladores» de GRADA, presentó una propuesta de trabajo conjunto a algunos integrantes de diversos grupos juveniles de Lo Prado, ésta contemplaba realizar un proceso de reflexión acerca de la realidad juvenil en la comuna, que profundizara en los sentidos y percepciones relacionados con algunos temas de su interés y que trascendiera el nivel de diagnóstico, que la mayoría de las veces se alcanza con este tipo de actividades.

El grupo evaluó distintas alternativas para dar a conocer su reflexión, optándose por la realización de un póster-cómics, ya que se consideró que esta modalidad se identifica más con las formas de expresión juvenil, y podría reflejar el conjunto de las discusiones realizadas al interior del grupo, de una manera gráfica, más entretenida y llamativa.

El presente documento, fue elaborado por los profesionales a cargo de esta experiencia, y su objetivo central es dar a conocer la percepción de este grupo de jóvenes. Las reflexiones realizadas, se presentan en la forma de una síntesis comentada, de manera de problematizar los contenidos que allí se discutieron.

Este texto constituye una primera aproximación, y pretende ser profundizado en nuevas experiencias de reflexión juvenil, como asimismo ser contrastado, ampliado y cuestionado a partir de la inclusión del pensamiento de otros jóvenes.

Esta experiencia se realizó dentro de las actividades del Proyecto «Jóvenes Pobladores» de la Corporación GRADA, y contó con financiamiento de la agencia Oxfam-UKI.

Agradecemos particularmente, a Ricardo Sepúlveda, Gabriel Muñoz, del grupo Corcolén; a Horacio Jiménez y Carmen Gloria Moulinet, de los Scout Naguilán; a Agustín, del Colectivo Grito Del Lente y a Javier Jara Melo del Club Juvenil Santa Anita, quienes se atrevieron con nosotros a discutir y rediscutir en numerosas ocasiones acerca de estos y otros temas.

LA SOCIEDAD ACTUAL EN CRISIS

Ya desde las primeras sesiones de discusión, los jóvenes plantean la existencia de una crisis social, de tales magnitudes que no requeriría ser demostrada. Precisamente, ésta habría sido anunciada por los propios jóvenes, cuando hacia fines de la década de los 80, simbolizaron su actitud con la frase «no estoy ni ahí».

Así, los jóvenes aparecen como un síntoma, un reflejo de la crisis. No es que ellos estén en crisis, sino que la sociedad en su conjunto está viviendo una crisis que se refleja en distintas dimensiones de la vida cotidiana.

La lectura que pretende señalar a los jóvenes como los únicos que se encuentran en crisis, ya sea porque se restan de la participación social esperable o no se integran a los mecanismos del mercado, obvia la magnitud de la misma. En este contexto, los jóvenes han asumido, de formas diversas, una postura ante la crisis, y el «no estar ni ahí», no significa que nada importa, sino que es un intento por reflejar que el panorama que se les presenta no les satisface, aun cuando sientan que ellos también son parte.

Cuando los jóvenes dijeron: «no estoy ni ahí», avisaron la crisis.

La no participación en política, el consumo de drogas, etcétera, son funcionales al modelo.

Esta actitud contiene dos dimensiones. Por una parte, la pasividad juvenil no molesta al modelo, porque no se enfrenta a él, no aparece como una crítica ante el resto de la sociedad, sino como una actitud apática. Pero, por otra parte, esta actitud sí es una crítica, en tanto su funcionalidad está dada porque es un producto del modelo de sociedad moderna. En efecto, constituye un parámetro de los niveles de exclusión juvenil, son los llamados costos sociales del modelo.

* Licenciada en Psicología, Universidad de Chile. Encargada Proyecto «Jóvenes Pobladores», Corporación GRADA, Santiago.

** Profesor de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana. Encargado de sistematización, Proyecto «Jóvenes Pobladores», Corporación GRADA, Santiago.

La no participación de los jóvenes en los circuitos del mercado del trabajo —y también en los de la democracia formal o electoral— constituyen una crítica, es la evidencia de su exclusión, de formas de organizar la sociedad que —por su propia dinámica— excluyen, apartan al no dar cabida a los jóvenes.

La pregunta desde lo juvenil aparece radical en su cuestionamiento por los sentidos de las cosas, no es sólo que se reclame acerca de la falta de oportunidades o de las formas por las que se piden a los jóvenes determinadas conductas —como trabajar o estudiar— sino que hay una interpelación por los sentidos de la vida, tanto en sus niveles estructurales o sociales, como en la significación biográfica que tienen para la vida de cada persona.

Estamos en la etapa del «para qué» (para qué estudiar en el colegio, si no te sirve para nada, para qué matarse trabajando si igual te pagan mal). Estamos en un modelo que todo lo parcela, pero las cosas más simples son las que llegan. El «para qué», es porque no tiene sentido.

Esta interpelación, por tanto, no se desdibuja sólo en el tema de las oportunidades o los mecanismos de integración para los excluidos, pregunta también el porqué de ellas, ya que no interesa reproducir los modelos adultos, donde las cosas se han hecho como en una rueda: se estudia para trabajar y ganar plata, casarse, en fin, todo sólo porque hay que hacerlo así, olvidando el sentido de estas actividades.

La actual crisis abarca todas las dimensiones de la vida, manifestándose también en las formas de conocimiento, en las maneras de entender el mundo:

Hoy día hay una crisis paradigmática, que se refleja en la depresión de las personas, la crisis ecológica y la crisis juvenil.

La razón, la tecnología, lo científico no han cumplido con el mundo de felicidad para todos y progreso indefinido que habían prometido. Hay una suerte de descrédito, de desconfianza, las personas buscan necesariamente otras respuestas. Sin embargo, también aquí hay ambivalencia, porque no se desecha lo tecnológico o lo científico. Se siguen valorando en tanto se cree que pueden aportar soluciones, mejorar la calidad de vida, por ejemplo. Pero, es sintomático que se vuelva a lo esotérico, que se busquen formas alternas. Esta dualidad, tan propia de la modernidad en las sociedades latinoamericanas, transita alternadamente por unas y otras, más allá de las contradicciones que se evidencian.

Lo tradicional y lo moderno, no se mezclan en iguales proporciones. Los énfasis varían según las necesidades, los contextos. Lo no moderno, lo esotérico, lo mágico recobraría hoy valor en tanto, estaría dando respuestas a las personas. Un joven va a rendir una prueba y recuerda entre murmullos todos los rezos que le hicieron aprender en la catequesis, una secretaria va a presentarse a un trabajo y evita una escalera, un obrero compra algo de comida y en su billetera, junto a un calendario casi pornográfico, puede verse una estampita de San Sebastián o de la Virgen del Carmen; unos se persignan, otros encienden velas, consultan a alguien de quien dicen tiene «poderes», todos apelan a estas formas tan antiguas como el hombre, buscan fuerzas que les apoyen en sus anhelos, en las tareas que les impone la vida.

Esta hibridez en las manifestaciones culturales, atraviesa las clases sociales y los sexos, y actualmente, estaría cargándose hacia lo no racional, constituyendo otra faceta de la crisis.

Se valora lo científico, pero se vuelve a lo esotérico.

La gente busca respuestas en otras cosas, porque el sistema no la satisface como persona.

En este mismo sentido, la mirada fragmentaria de la realidad, habría incidido en la omisión de los sentidos de las cosas. El punto, es que la especialización en las ciencias, en las actividades más diversas, en los estudios y en el trabajo, devino en una compartimentalización de la vida, cada uno encerrado en su cuota de conocimiento, de actividades, parcelado, enfrascado sobre sí mismo.

Al fragmentar la realidad, se pensaba que se iban a encontrar respuestas.

Tiene que buscarse la integración.

Pero la crítica juvenil no es apocalíptica, en efecto,

Hay una crisis que va empujando a un cambio.

Y dentro de la actual crisis, los jóvenes sí pueden jugar un rol, tienen la capacidad de construir una sociedad distinta, los deseos y la necesidad. Lo que pasa es que están desalentados, parece una empresa difícil, pero

ciertamente posible;

La idea es que los jóvenes puedan entender que se puede construir otro mundo, ...ponerse a la acción.

Hay que acercarse a los otros jóvenes, decirles que estamos en la misma, que no se trata de quedarse solo en el «no estar ni ahí», dar a conocer las cosas que pensamos, aprovechar los espacios, crear nuevos, intentar hacer cosas.

Hay que mostrar que estamos en crisis, pero darlo por sentado (decir a otros jóvenes): tú sabes que estamos en crisis, por algo «no estai ni ahí».

LA VIDA COTIDIANA

Las manifestaciones de la mencionada crisis de la sociedad actual, podrían observarse en distintos aspectos de la vida cotidiana:

ASPECTOS	CÓMO SE MANIFIESTA
Generacional- juventud	Recambio en las estructuras de poder- relación de los jóvenes con el poder.
Modos de producción	Trabajo-Estudio: Cambio en las formas tradicionales. Representaciones distintas en los jóvenes.
Participación	Ni ahí con la política, el trabajo comunitario, y la participación en la sociedad civil.
Familia	Se retarda el matrimonio, la pareja estable y los hijos.

LA FAMILIA

En relación a la sexualidad, hoy se da formación desde niños. También esto va ligado al sistema y al tipo de familia que se quiere que haya. También está relacionado con lo económico.

El tema de la sexualidad es particularmente complejo, por cuanto apela a un conjunto amplio de sentidos y dimensiones de análisis. Por una parte, es socialmente reconocida la necesidad de la educación sexual, pero a la vez, ella constituye un nudo de conflictos acerca de lo que se debe o no enseñar, sus consecuencias, con cuáles métodos y en base a qué valores. Puede afirmarse entonces, que hasta la sola información puede ser conflictiva. La reciente polémica desatada a propósito de las Jornadas de Conversación sobre Afectividad y Sexualidad (JOCAS), indica hasta qué punto el tema puede escandalizar. Este programa, implementado como un modelo piloto por el Ministerio de Educación, fue duramente cuestionado durante el año pasado, por los sectores más conservadores de la política y el episcopado nacional.

La contradicción entre la necesidad de dar formación en sexualidad y las complicaciones que trae, tienen que ver con el tipo de familia que se espera formen los jóvenes. Existe el temor de que la información sexual, produzca un relajamiento de las costumbres. De allí la resistencia a la promoción del condón, y a los métodos anticonceptivos no naturales. El argumento central de los sectores conservadores, es que dar información sin valores, se traducirá en una pérdida de importancia de la familia, libertinaje y toda suerte de hedonismos.

En un nivel más general, este temor también se encuentra en muchos padres a los que asusta la posibilidad que sus hijos sean padres a temprana edad. De allí que la educación sexual se fundamente como la solución de problemas asociados (embarazo adolescente, enfermedades sexuales, etc.).

Lo sexual también tiene una dimensión económica. De una parte, la familia proyectada es no mayor de cuatro o cinco integrantes, de otra la necesidad de tener un trabajo estable y bien remunerado se considera condición indispensable para formar un hogar. Sin embargo, lo sexual, en este aspecto, también es contradictorio. Mientras se intenta mantener determinados valores y estilos familiares, la industria sexual es un mercado en expansión. Los medios de comunicación social y la publicidad promueven imágenes cargadas de erotismo para promocionar un licor, un par de zapatos o un automóvil. Mientras se intenta controlar la educación sexual de los jóvenes, el mercado ofrece cada vez más productos para las más variadas, refinadas o burdas perversiones, sin que se le opongan a él, los argumentos en pro de la familia y la virginidad de las costumbres.

Desde los '60 viene cambiando la estructura de la familia.

Los cambios operados en la institución familiar han tendido como correlato modificaciones en las relaciones hombre mujer.

Generaciones posteriores se han rebelado a esa estructura tradicional, las mujeres, su destino: ser madre.

Son las mujeres las que se han ido incorporando cada vez más al mundo del trabajo, saliendo de sus casas, sin dejar de asumir la crianza de los hijos, y junto con ello se han dado cuenta de las posibilidades de lo que son capaces de hacer, ya no dependen necesariamente de un hombre para hacer sus vidas, se saben valiosas. Las necesidades materiales han empujado a las mujeres al mundo del trabajo, debiendo realizarlo muchas veces en malas condiciones y obteniendo salarios comparativamente menores que los hombres.

La mujer sostiene el sistema actual... ¿qué pasaría si ella se reventara los fines de semana?
Si la mujer se rebela, hace tira la sociedad.

Desde la perspectiva de los jóvenes, la posibilidad de formar una familia no es algo que se rechaza a priori, sino que se aspira a una forma distinta de construirla, que no reproduzca lo tradicional, pero que responda a las necesidades de los jóvenes.

Los jóvenes quieren ser lo que son y no les gusta estar obligados a ser lo que se les impone... quieren primero vivir, respirar, darse el gusto.
Ha cambiado, pero es un proceso, está en rebelión.

LA PAREJA

En cuanto las relaciones de pareja de los jóvenes, hay una constatación del «no compromiso», es decir obviar el establecimiento de relaciones más duraderas en el tiempo. La posibilidad de formar una familia aparece poco atractiva. Existe miedo al fracaso y, por otra parte, la imagen que los adultos transmiten de sus vivencias en pareja, es desalentadora.

La monotonía, el desencanto, las peleas constantes y el mutuo tolerarse, influyen en este temor. ¿Es posible formar una familia de forma distinta? ¿Existen las condiciones necesarias para que los jóvenes formen familia? Tal vez los jóvenes, al postergar su formación, esperan encontrar respuestas a estas interrogantes. Por de pronto, los adultos se encargan de señalar a los jóvenes lo que les espera cuando se casen: responsabilidades, penurias, aguantar, etcétera.

También hay un retraso en la formación de una pareja estable.
Temor al fracaso.
La imagen de la monotonía de la pareja estable.
Otras personas, familia, en el trabajo, no te alientan a formar pareja estable siendo joven.

Hasta hace poco tiempo, el embarazo era motivo suficiente para establecerse con la pareja. Había una suerte de obligación social, un aparecer bien ante los demás, una necesidad de responder. Hoy, los jóvenes sienten que eso ha cambiado, consideran que la paternidad no puede ser el eje sobre el cual se funde una familia. Han visto demasiadas experiencias de infelicidad, de rompimientos y de falsas ilusiones, que les indican que un hijo no es motivo suficiente para emparejarse.

Se le hace el quite a la obligación de formar familia cuando hay un embarazo.

TRABAJO

Se considera que el trabajo debiera permitir el desarrollo personal. Sin embargo, el diagnóstico es que aparece mucho más ligado a la consecución de recursos para vivir, ayudar a la familia de origen y/o satisfacer necesidades personales. Su eje está dado por la necesidad del consumo, no por la realización personal.

El ingreso de los jóvenes al mundo del trabajo, está cruzado por varias contradicciones. En primer lugar, el sistema capitalista de organización social, implica costos sociales. Necesariamente se generan focos de pobreza y marginalidad, con sectores excluidos de la producción de bienes y servicios. Particularmente grave es la situación de los jóvenes en el Chile actual, donde la tasa de desocupación es casi el doble del promedio nacional. Aún más crítica es la situación de los jóvenes de los sectores populares, cuyas oportunidades de integración se ven dificultadas por una mala educación y en condiciones de desigualdad de oportunidades.

Falta capacitación.
La Enseñanza Media no te capacita para entrar a un trabajo.

Los datos estadísticos oficiales, confirman estas percepciones. La encuesta CASEN de 1990, indica que del total de pobres en el país, los jóvenes entre 15 y 24 años representan el 23% y cerca del 45% de los jóvenes entre las edades indicadas se encuentran en el par de quintiles inferiores, que significa para este año 1.150.000 jóvenes.

La desagregación por sexo de las situaciones de pobreza según la encuesta CASEN de 1992, indica que dos de cada tres mujeres jóvenes son pobres y el 68.9% de ellas se encuentra en los dos quintiles inferiores de ingreso.

Los bajos niveles de capacitación y la falta de oportunidades aparecen como las causas directas de la falta de incorporación de los jóvenes al mundo del trabajo. La correlación de las cifras de pobreza y desempleo en los jóvenes, refiere una asociación directa, salvo en el quintil más alto, donde la proporción de jóvenes que prosiguen estudios superiores es más alta.

Entre 1988 y 1993, la tasa de desempleo nacional disminuyó de 8.1% a 4.5%, mientras que para la población joven entre 20 y 24 años fue de un 40%, respecto de la tasa de participación entre los años indicados.

La comparación proporcional de las tasas de desocupación del país y la de los jóvenes muestra que en 1998 la relación equivalía a 2,1 veces la tasa nacional, mientras que en 1993 la proporción asciende a 2,9 veces, aumentando la desocupación relativa.

Pero el análisis se agudiza cuando se considera que los jóvenes de los sectores populares, no han recibido capacitación para el trabajo y además se les pide experiencia. En este sentido, cabe preguntarse si además tienen la posibilidad de dedicarse efectivamente a aquello que les gusta, es decir pueden cumplir con su vocación o acceder a niveles superiores de educación.

Se parte de la base de que tú no sabís hacer nada y tenís que aprenderlo. Nadie te contrata para hacer lo que tú sabes.

Cuando se afirma que los jóvenes no están aptos para el trabajo, se está descalificando el conjunto de aprendizajes que el joven ha ido adquiriendo durante sus dieciocho o más años de vida. En efecto, aparte de los conocimientos escolares mínimos, han recibido del medio, un sinnúmero de experiencias educativas en distintas áreas. Poseen competencias de las que no siempre tienen conciencia y que han adquirido producto de la temprana iniciación en tareas de ayuda a sus padres y que les han permitido desarrollar formas alternas de sobrevivencia. De acuerdo a la experiencia de GRADA en la realización de talleres de formación para el trabajo, la mayoría de los jóvenes de sectores populares, ha realizado actividades laborales a partir de los doce o trece años.

La incorporación de la mujer al trabajo es ilusoria... tienen acceso a la plata y creen que tienen realización personal... están apegadas a la visión del consumo.

Es interesante detenerse en esta afirmación, por cuanto, más allá del machismo que explicita, permite recoger una reflexión y una emocionalidad de los hombres jóvenes ante la veloz incorporación de la mujer al trabajo. Por ejemplo, la misma fuente ya citada, señala que entre 1990 y 1992, la participación en la fuerza de trabajo masculina aumentó de 51.7% a 54.1%, mientras que la femenina lo hizo del 25.8% al 30.3%.

Se señala que el acceso al trabajo y al consumo, son vanos ya que «siguen el juego» del sistema. Hay una mirada crítica de esta situación, que se basa en los valores que asumirían las mujeres al incorporarse al mercado del trabajo y cuya ilusión, es basar la realización personal en ello. Si el sistema social propone el esfuerzo y el éxito como vías de realización personal, las mujeres que ingresan al mundo del trabajo reproducirían y legitimarían tales mecanismos.

Si bien el planteamiento aparece lógico en sus conclusiones, omite la significación personal que tiene en las mujeres el hecho de dejar la casa y atreverse a realizar tareas distintas de las tradicionalmente asignadas por la sociedad. La dualidad tradición-modernidad, aparece nuevamente en la dimensión del trabajo. Puede entonces leerse aquí cómo la propia estructura social permite formas de recambio de los patrones de comportamiento social. Las mujeres se incorporan al trabajo —ganando menos que los hombres y en situaciones de desmedro— pero al hacerlo, cambian la estructuración tradicional de la familia.

Desde el punto de vista biográfico, el acceder a un puesto de trabajo, disponer de cierto nivel de ingreso, sentirse responsable ante otros y desarrollar tareas que tienen una significación más amplia de los límites familiares o grupales, implican un aumento de la autoestima. Los sujetos se sienten valiosos, se reconocen capaces de hacer determinadas tareas y de que se les pague por ello, hay una cierta importancia agregada al ingresar a una empresa, cumplir ante otros y que otros dependan de los resultados de lo propio. También el aportar al presupuesto familiar o contar con cierto volumen de dinero que puede destinarse a gastos personales, sin depender de los padres, son logros significativos en la vida de las personas, que realza las potencialidades, las hace patentes, objetivables en un cargo, una liquidación de sueldo y unas tareas que cumplir.

Este análisis no desconoce que muchas veces estas condiciones no se cumplen y que, por el contrario,

generan hostilidad y disminución de la autoestima. En efecto, las malas condiciones laborales, los bajos sueldos, la parcelación de las tareas, la mecanización del trabajo, etcétera, generan sentimientos adversos en los jóvenes, lo que puede traducirse en impotencia, desganado o rechazo hacia lo laboral.